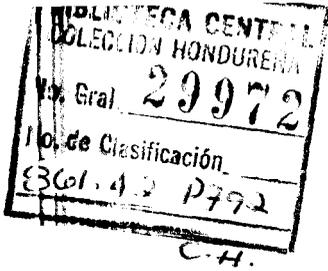


Marco A. PONCE

SIGNOS

Ilustraciones de
Enrique GALINDO

SIGNOS



IMPRESA CALDERON
Avenida Cervantes Núm. 77
Tegucigalpa, Honduras, C. A.
1934



B I O S

MARCO ANTONIO PONCE

* 5 de Septiembre de 1908

+ 17 de Enero de 1932

Presentación

ESTAS páginas, reunidas cariñosamente por Ismael Zelaya, y ornadas con singular esplendidez por Enrique Galindo, guardan el perfume que, en tiempos de esperanza, derramó dulcemente Marco Antonio Ponce, el ingenuo cantor de los anhelos inciertos de la juventud.

Nuestra bibliografía recibe hoy el saludo de este primoroso ejemplar. A sus anaqueles solitarios lleva el eco que dejó, en la luz matinal, el blando susurro de "AURAS MARINAS".

Dos bellos atributos, muy pocas veces comprendidos: el recuerdo fiel y la blanca amistad, colocan, en manos de espíritus amantes, esta olorosa cosecha de botones, que fueron recogidos modestamente en los quietos jardines de esta Villa, en sus campos inmediatos y en el verde pálido de la montaña que se hunde en las brumas del Sur...

Rodolfo ROJAS.

Comayagüela, abril de 1934.

SOBRE UNA TUMBA

Signos

A Marco Antonio Ponce

Tal como un poseído de enérgicos empeños
recorriste en tu carro los líricos gimnasios,
y te hiciste Doctor de los Ensueños
en la Universidad de los Espacios.

El Mal y el Bien, en pugna, sitiaron tu cabeza;
y tú, ante ellos, supiste representarte solo.
El Arte no es el Bien, es la Belleza,
y el Poeta no es Job, sino que Apolo...

Entre la indiferencia de todos los pequeños
suspendiste el penacho de humo de una tea;
y sobre el Paraíso perdido de tus sueños,
tu diestra cortó el fruto prohibido de la idea.

Arrojarte pudieron el filo de un guijarro;
pero a pesar de todo tu Musa perdonaba,
porque el Automedonte de tu carro
no fue un dios, fue una diosa que acaso suspiraba...

Con indolencia artística requeriste la Lira,
que vibró como un pájaro que rompe su canción.
Nunca empuñaste el látigo; tu ira
se deshacía en una suprema compasión.

Marco A. Ponce

Solo, pero tranquilo, seguías tu sendero:
por eso hubo en tu espíritu un clásico egoísmo;
que para ser creyente verdadero
¡primero hay que creer en uno mismo!

De súbito dejaste de hundir el acicate
en tu tronco de potros y arrojaste tus galas;
para vencer enanos, mejor no ir al combate;
para subir un codo, mejor no abrir las alas. . .

Qué pasó? Tu esplinática angustia te vencía;
no saciaban tus ansias los mismos universos,
y escondiste el puñal de la ironía
en el ramo de flores de tus postreros versos.

¿A qué entonar un cántico? ¿A qué romper un trino?
Tal dijiste. Tu verbo calló meditabundo;
y doblaste la frente ante el destino
¡pero no las rodillas ante el mundo!

Y bien. La Muerte un día dispuso hacer la siega.
Y echado al fin al Circo Romano de la Vida,
alcibiadescamente diste tu carne griega
a la gula inconsciente de un hambre contenida. . .

Sobre tu fosa el cielo sereno es un zafiro;
y en las tranquilas noches yo sé que te murmura:
—Desde que diste el último suspiro
¡hay una estrella más aquí en mi altura!

Alejandro VALLADARES.



Era la fiesta de Tonatiuh

Signos

**Para Enrique Galindo, ante su
cuadro "El Mensajero del Sol"**

El alba dormía cubierta,
debajo los pliegues oscuros
de sábanas vastas de selvas lejanas.
El bosque era mudo; la noche,
silente; ni el viento movía
las ramas caídas como cabelleras.
Se oía con sonos pausados
la fuga del río, como sierpe mansa
que soba la mano antigua y sedosa
de la oscura noche. Iliria dormía;
Iliria, la bella princesa que amaban
los nobles guerreros del Sol.
Y en aquella noche solitaria y negra,
danzaba una danza Manahuat desnudo.
¿Qué danza era aquella macabra
y sonámbula danza ritual?
Tatuada la espalda, el rostro tatuado,
la melena al viento como cuando agita
milenarias selvas el soplo boreal,
Manahuat bailaba; y era bello y fuerte

Marco A. Ponce

como si tallaran sus muslos, sus brazos,
su tórax, su rostro, en una caoba
del bosque en que habitan
jaguares y pumas, felinas panteras
e hirsutas melenas de viejo león.
Arquero de casta noble, el guerrero
muy joven, valiente lancero
de un tronco de mayas vetusto, era él.
E Iliria le amaba, pero en la comarca
ya todos sabían que Iliria soñaba
en noches de luna con un hombre extraño,
de rostro muy blanco, de barba poblada,
denodado en luchas, tierno en el amor.
Y la nueva aquella fatal llegó a oídos
del joven guerrero mas bello en la grey.
Por eso danzaba una danza
Manahuat desnudo. Juró la venganza
que dijo el nahual.

Signos

Llevaba en la diestra
blandiendo una lanza. Los ojos, carbunclos,
ardían cerrando círculos siniestros
cuando iba girando sobre los dos pies.
El bosque era mudo; la noche,
silente; ni el viento movía
las ramas caídas como cabelleras.
Se oía, con sonos pausados,
la fuga del río, como sierpe mansa
que soba la mano antigua y sedosa
de la noche oscura. Iliria dormía.
Tendida en su piel de pantera,
los senos al aire, la halló Manahuat.
¡Oh senos! ¡Oh pomas! ¡Oh rosas!
Como era ya el alba los pezones eran
húmedos de brisa, y en ondas
pausadas los dos se movían
como cuando el aire columpia las rosas
de un mismo rosal.

Marco A. Ponce

Sus ojos,
apenas abiertos, brillaban dormidos,
y largos los muslos (uncioso el ombligo),
salían cual sierpes color de canela,
redondos y juntos, bebiendo en la fuente
como un caracol. Cabellos mas finos
y largos no tuvo la agreste comarca.
Manahuat de rabia no quiso ni verla;
alzando la lanza juró a Tonatiuh:
mi vida y su vida, mi sangre y su sangre
¡el amor nos une delante tu altar!
Iliria dormida no supo; la lanza
mecióse cual junco, clavada en el pecho:
la piel de pantera tiñóse en el rojo
color del amor, y en torno,
Manahuat desnudo alzaba su lanza
como un vendabal.
Era la fiesta de Tonatiuh.

Signos

La casta llamaba a los nobles guerreros.
El alba. La robusta sombra
de aquellos caciques, en las medias tintas
del cielo, con los monolitos
parecían almas errantes y fuertes,
vagando en el lienzo lívido del Sol.
Discutían todos en silencio quien
llevaría el mensaje al gran Tonatiuh.
Manahuat el fuerte fue quien dijo:
¡YO!
Y la grey se opuso, pues todos le amaban.
Príncipe robusto, tú no irás, tú, nó.
Irguióse la frente del mozo aguerrido,
con un continente altivo y feroz:
—Iliria ya es muerta, sin ella no vivo,
dejadme que lleve el mensaje al Sol.
Callaron a una los nobles caciques,

Marco A. Ponce

bajaron la frente y fué Manahuat.
La mitad del rostro se tiñó de rojo;
el oro, las plumas y el copal,
y el símbolo a la espalda ataron
valientes y tristes guerreros del Sol.
La rodela empuña de los cinco copos
albos de algodón, y el báculo fuerte
con flores y plumas el gallardo mozo
tomó con la diestra para ir al altar.
Ya el primer rayo que el Sol claro envía
sobre la tierra a remozar la vida,
cayó como una lágrima vertida
sobre las gradas del Teocalli augusto
Ya la esperanza de vivir no crece.
Iliria ha muerto al despuntar el día,
y la floresta en torno, el bosque espeso
antros ya son que la ventura esconden,

Signos

predios de triste soledad que fueron,
por el amor dulcificados, una
eterna paz de inmateriales goces.
Manahuat sube al Teocalli.
Manahuat es bello y fuerte.
El gran sacerdote dice:
ve a decir a nuestro padre,
el divino Tonatiuh: “Padre,
aquí tienes los presentes de mi casta;
ellos que solemnizan tu nombre
por el fecundo calor que diste
a sus campiñas; ellos, los bravos guerreros,
saben que tú eres la vida.
Que el grano crece, y la floresta exulta
en savia por tus fuentes luminosas.
Y el polen, divino semen
que produce el fruto que da el sustento,
corona el pistilo joven en primavera.

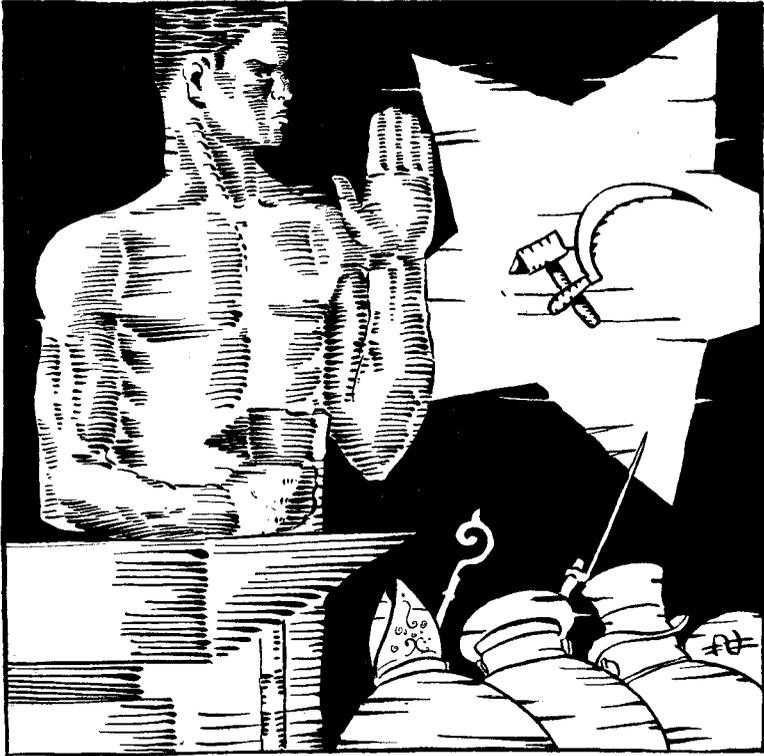
Marco A. Ponce

Por Tí ¡oh Tonatiuh! por Tí,
el nido en amor se expande,
y el agua tiene ¡oh Tonatiuh! iris.
La verde grama la epidermis cubre
de la materna tierra; el tronco rudo
de las salvajes selvas; el alga triste,
el infusorio esquivo que Tú calientas
magnífico en tu lumbre. Y ese báculo
en que aferras tu mano fuerte y guerrera
es para que nunca el Padre
se detenga en su camino...”
Y un cuchillo de oxidiana
abrió el pecho de Manahuat.
Su sangre regó el espacio
como lluvia de rubíes; y alto ya
el divino Tonatiuh,

Signos

le ofreció entre sus dos manos
el gran sacerdote maya,
como una rosa de púrpura
el sangrante corazón.





El Espectro

Signos

Oh tú, humilde obrero, atlético y robusto,
de tórax tan potente, de brazo tan membrudo,
como si en bronce fuese tallado el ancho busto
o enorme tronco rudo
de selva inmemorial,
tal el músculo un nudo
de fibras o raíces de encina tropical.
Vengo a hablarte en el nombre
del sudor y del hambre,
del dios-hambre homicida,
soy el hijo del hombre,
soy el poeta del gesto muscular de la vida,
soy el nieto del pan.
Amo el glóbulo rojo que palpita en tus venas
como savia en el tronco que abatió el aquilón
y florece en las selvas a pesar del azote.

Marco A. Ponce

Que nos valgan las penas
del señor don Quijote
para fundir las vísceras de nuestro corazón.
Ya trazó en el cuadrante su elíptica la estrella
fugaz del capital,
y Marx está contigo,
y Cristo va a decirte:
—Pues en verdad os digo
que el amor es la senda para la humanidad.
Levántate que es justo, atlético y robusto
campeón de las miserias de la desheredad;
no arrodilles tu gesto
ni maldigas la vida;
ten el músculo presto,
ten la fragua encendida
para tu libertad.

Signos

Restáurate y avanza, que el gesto de la vida
repercute en los hombres con esfuerzo triunfal;
las conciencias son mudas, mas la lucha convida,
y son voces de gesta los sonoros martillos
sobre el duro metal.

Por qué ha de ser el mundo tan divergente y vano;
para los tristes, hambre; para el busgués, incienso?

Y puesto piensas tú como yo pienso,
reine el consorcio humano

del pródigo maestro Jesús de Nazaret.

¿No veis las desnudeces, burgueses, y fatigas
y los afanes tristes, recónditos, prolijos?

¿Cuál es tu religión para que les maldigas
el pan para sus hijos

y hasta la inútil pena de saber y sentir?

Marco A. Ponce

Os he hablado en el nombre del sudor y del pan,
en el nombre del dios homicida del hambre;
soy el hijo del hombre,
soy el poeta muscular de la vida,
soy el nieto del pan;
mas alza, hermano mío, la calcinada frente,
y escucha el evangelio de tu restauración.
El siglo te venera, y el triunfo es de los fuertes;
deja que corra todo ese sudor que viertes
que ya llegó la hora
feliz de anunciación.
Han de venir los días ¡oh salmos del trabajo!
en que triunfe el esfuerzo de una nueva moral.
Y vosotros ¡oh hombres del atajo!
ya no seréis rebaños del régimen feudal.
Hermano, ve al hermano, que vindicarse deben
los hombres por igual.

Signos

Torres inalámbricas

Torres:

¡Esqueletos gigantes de la civilización!
Torres que os alzais hasta el cielo
como un deseo inmenso de la nueva razón,
en vuestro gran anhelo
hay un loco desmayo
que es símbolo impotente de la humana ambición.
Al veros empinadas sobre el remoto abismo
azul y solitario, yo anhelo esa porfía,
y siento que en mí mismo
vuestra melancolía
invade poco a poco mis ansias de subir.
Esa tristeza enorme de ser grande y ser alto
es la misma que baja
por vuestras osamentas de acero con desdén.

Marco A. Ponce

Llegar hasta el espacio donde la nieve cuaja,
dejar atrás el éter purísimo también
para anidar la estrella remota del azul.
Al veros solitarias, impasibles y yertas
parece que os agobian nuestras humanas penas,
y como dos libélulas que se quedaran muertas
semejan a lo lejos las plácidas antenas.
Como entendeis acaso la lengua de los hombres
tal vez eso os aflige. . .
Saber cuántos fracasos, cuánta inquietud en vano,
cuánta miseria y dolo que con distintos nombres
registran la existencia de este linaje humano.
Marconi es vuestro padre,
el viejo Franklin y otros, que acaso no supieron
que os incubabais ya
en el útero inmenso de una remota edad.

Signos

Es la ansiedad perpetua y es la eterna faena,
del hombre tan pequeño que intentó ir hasta Dios:
es la chispa divina que alumbra y enajena,
como la chispa mágica con que vibrais las dos.
Es Babel confundida, y es Egipto y la Esfinge,
y las tumbas grandiosas y Phile e Indostán,
y es lo antiguo y lo nuevo, es el hombre que finge
ser potente y ser grande con nostálgico afán.
¡Torres!
¡Esqueletos gigantes de la civilización!
Algún día otros mundos os dirán sus secretos
desde órbitas lejanas,
y vuestros paralíticos y vastos esqueletos
han de acariciar mañanas
tal vez con otro Sol.
Señor, ¡trázanos el camino para que no te ofendas!
¿No se volverán a confundir, Señor, las lenguas?

Signos

Sembrador y poeta

Cuando no duerme el poeta
es porque bulle en su mente una nueva canción.
Porque aun entre la sombra prolífica y discreta
suenan la melodía dentro del corazón.

Mas tú cuando no duermes, campesino,
es porque no viene el invierno a fecundar tu mies,
y llegan a tu oído desde el pueblo vecino
los aullidos del hambre del perro montañés.

El soñador enhebra su ilusión para el alma
en medio del silencio y de la soledad,
tú, sembrador, en cambio, aprovechas la calma
para pensar tan sólo en tu pobre heredad.

Marco A. Ponce

La vida del espíritu es nocturnal, amarga,
e influye en los destinos de tu vida y la mía;
sobre nuestras miserias pesa la misma carga
y ambos compartimos igual sabiduría.

El arado y la lira hermanan sus destinos
por la humana consigna de vivir y de amar.
Y aunque los dos vaguemos por distintos caminos,
somos ríos que vamos buscando el mismo mar.

Tú, vigoroso y rudo, en la tierra has encontrado
la clave de este inútil afán de existir.
¡Este hondo problema, con la punta del arado
tan sólo tú, sencillo, lo sabes definir!

Signos

Yo en las torcidas sendas de mis filosofías
al fin nada he aprendido, nada mas que a sentir,
por eso es que las horas de mis mejores días
a veces he querido, injusto, maldecir.

La humanidad lo mismo que las aguas, refleja
toda sombra que pasa, todo leve temblor . . .
Cada onda del viento desprende alguna queja,
y en todo breve esfuerzo repercute un dolor.

Tú, sembrador, que sueñas también como yo sueño,
deja que igual a tí siembre ilusiones;
entre los dos, el grano y el ensueño,
igual fortalecemos todos los corazones.



Canto al Merendón

Signos

Al Dr. Julián López Pineda

¡Salve, oh altiva sierra,
ceño adusto de mi nativa tierra
que audaz en la soberbia grandeza de tí mismo,
desde los riscos del solemne monte,
escrutas, centinela del abismo,
la paz del horizonte! . . .
Ante la enorme cima que se inflamó de anhelo,
para ceñir la aurora tendida sobre el mar,
rugió sus amenazas flamígeras el cielo
sobre las altas flechas de vuestro gran pinar.
Pero insensible al choque de la enconada llama,
jamás en las tormentas tu orgullo se abatió.
Dijiste al cielo, escucha: cuando es justa la fama
no tiemblan los que sufren, como no tiemblo yo.
Yo se que tú eres fuerte, yo se que tú eres grande,
mas se que hay a tu espalda,
que es un nervio plutónico del Ande,
un épico corcel que se sofoca
por ascender a la empinada falda
roca por roca . . .

Marco A. Ponce

¿Será el corcel de Barrios que se apresta al asalto?
Dios no lo quiera, tu picacho es muy alto
y en rebelde protesta
sacudido en tí mismo,
quien intente la gesta
rodará hasta el abismo...
¡Salve, oh altiva sierra,
ceño adusto de mi nativa tierra!
Tú, que viste la heroica epopeya del hombre
que fue de aquesta raza, autóctona y viril
progenitor;
tú, que desde tus crestas milenarias
has visto a las turbas silenciarias
vagar por nuestros valles y consagrar al Sol,
¡oh sacro monte magno!
aun queda de los viejos caciques valerosos,
baldón del español,
simiente de hombres fuertes, vestigios vigorosos
de aquella raza altiva y soberbia como tú.

Signos

¡Oh pinos rumorosos de nuestro Merendón!
cantad vuestra canción,
y digan los acordes de vuestras verdes liras
que aún hay para el martirio de gestas pavorosas
cincuenta mil Lempiras
que en legiones gloriosas
rodarán del peñón.
¡Oh pinos! en el sagrado rito de las antiguas piras
subió por vuestras llamas un canto de oblación,
y era la llama un culto para encender las iras
de aquella vieja stirpe que sorprendió Colón...
¡Salve, oh altiva sierra,
ceño adusto de mi nativa tierra,
que eres vértebra azul de un continente!
Acaso con la grande Coyocutena un día
en que alguien quiera a duelo tentar vuestro fragor,
rival has de empinarte en la justa bravía
por rechazar la afrenta del réprobo invasor.
El legendario espectro augusto del cacique
surgiendo de las sombras se abismará en tu sien;
los siglos no han saciado sus cóleras benditas -
y anida en nuestras almas su espíritu también.

Marco A. Ponce

Yo se que tú eres grande, yo se que tú eres fuerte,
que nuestro cielo intentas altivo desgarrar,
mas se que alguien, artero, codicia nuestra suerte
y nuestros claros ríos, y nuestro oscuro mar.

Mas, ¡ah! . . .

Si en tu robusto lomo ha de trotar la hueste,
si en el músculo duro de tus rocas enhiestas
han de posar los cascos sonoros de la ecuestre
falange de guerreros fabulosa,
habrá sobre tus riscos y tus crestas
una explosión de iras y una fosa
para el irreverente y audaz conquistador.

Yo te saludo ¡oh monte!

Agita tus pinares benditos y atalaya
la paz del horizonte.

Tu falda azul y enhiesta será nuestra muralla,
y en sempiterna gloria,
con la virtud del hombre
recogerá la historia
tu sacrosanto nombre,
¡oh agosto Merendón!

AURAS MARINAS

**Primer premio en el Concurso
literario "VICTOR"**

Signos

Divagando en sutiles alardes mis pesares
a veces he soñado una vida marina . . .
 Andar sobre los mares
 como alma peregrina
 abierta en un anhelo,
entre el paréntesis azul de mar y cielo
embriagado en el viento y en la brisa del mar.

Dejar la tierra un día y olvidar que he nacido
de amalgama de barros en febril conjunción,
 y vivir mi vivir con el olvido
 sin rencor ni pasión
 ni vanidad ni nada,
muy lejos de la vida monótona y cansada,
como un anacoreta simbólico del mar.

Allá me ha parecido que es mas profundo el cielo,
mas clara la conciencia y el pensamiento igual;
 es mas abierto el vuelo
 y el sol mas tropical,
 mojándose en la espuma
que van hilando en ruelas con hilos de coruma
las hilanderas olas en el telar del mar.

Marco A. Ponce

Por eso es que he amado la beatitud marina,
la vida sosegada que da la inmensidad;
 la tierra es muy mezquina,
 hasta la ciudad
 y cansa la faena;
pero la soledad y el viento han de curar mi pena
con el influjo malva que va dejando el mar.

De noche, cuando el mar sea verde y la espuma de plata,
Walter Raleigh ungirá mi desvelo con unciones lejanas,
 y el cordón que la pipa desata
 me dará puritanas
 sensaciones de bien.

Las olas y las brisas cantarán un “Requien”
por el alma dormida que se pierde en el mar.

Signos

La bruma y la neblina van a tejer ensueños
en el sonambulismo de un ignoto ultramar,
y por mis propios sueños
volverán a pasar
dos ojos lacrimosos, verberantes,
remotos como estrellas o diamantes,
velados por la noche verdeoscura del mar.

Después, la última visión de la ensenada.
La muchacha que escruta con ardor la bahía
quedaba enamorada;
¡mas nunca ha de ser mía!
y aburrida en la espera
no volverá a la playa resignada algún día,
fastidiada del sol y la brisa del mar.



A Luz Argentina Ramírez

Signos

Cabecita rubia como las marquesas
niñas de Provenza que soñó Ronsard,
tu cabeza es de esas
de muñeca rubia
que mojó la lluvia
lírica del sol.

Mi tristeza en tu alba se detuvo un día
como un beduino, para abreviar
en la blanca estancia
el agua más clara
de tu clara infancia
que me vió pasar.

Marco A. Ponce

Celeste es la gota mas clara del rocío,
celeste la infancia, celeste el amor.

Algo de celeste tiene el verso mío
si a tí te lo envío
como una flor.

Luz Argentina:
de diciembre vino la aurora divina;
del próximo enero
vendrá una canción.

La onda que pasa nadie la adivina,
pero se que es dulce la luz argentina
de tu corazón.

Signos

Carta a un hijo

Hoy que bello y tranquilo con tu bendita madre
ignoras que es muy hondo el dolor de vivir,
recibe esta misiva de tu olvidado padre,
y guárdala cuando haya dejado de existir.
Porque oscuro y sin nombre, nada pudo en la vida
hacer sino estos versos de cruel resignación.
Su juventud, tan triste, fue una cosa perdida
por la fuerza imprevista de la desilusión.
Amó mucho la ciencia y el arte y la belleza,
y los sagrados ritos del amor y del bien,
mas por el mal incógnito de una rara tristeza
se nublaron muy pronto los sueños de su sien.
Un día fue tu madre para él único asilo
donde el pesar no tuvo jamás conjugación,

Marco A. Ponce

y dulce y condolido su espíritu tranquilo
supo calmar su fiebre de desesperación.
Y aquel día tan solo cuando Dios fué tan bueno
muy pronto hubo pasado . . .
Después se amontonaron en un consorcio pleno
todas las dolorosas congojas de un mal hado.
Recuerdo, hoy que la vida ya se ensañó conmigo,
cuando para dormirte te arrulló mi canción,
era entonces mi canto miel que nació contigo
y en plenitud estaba sin hiel el corazón.
Mas, con todo te digo, para que tú lo aprendas,
que amé mucho la vida sin renegar de Dios.
Quizá mejor que nadie tú sólo lo comprendas
cómo sobrellevé mi destino alevoz.



Esquela fúnebre

Signos

A Guillermo Bustillo Reina

Un día lejano, porque la vida es breve,
pasará el repartidor —un vagabundo—
por las casas del barrio tan tranquilas
en el atardecer,
con el brazo en flexión e indiferente,
llevando un tercio de carteras negras.
Los transeuntes al verle preguntarán quién era;
y curiosos los tristes moradores del barrio
fingirán su piedad.
Mas ¡quién sabe! responderá el necrómano
con los ojos preñados de búsqueda sutil;
sólo sé que era joven,
que supo del inútil afán de ser poeta;
que amó, pensó y dió un vuelco en la vida...
Eso es todo y se conformó con Dios.
Y preguntando acaso donde vive el anónimo
don Fulano de Tal, las dejará ahí dentro

Marco A. Ponce

por la puerta entreabierta
o el quicio del ventanal,
de esas ventanas mudas como órbitas sombrías
que se abren a la vida
ante el bostezo eterno de lo que ha de venir.
Alguien —lejano de pensar en nada—
leerá aquel chisme nuevo y monótono al fin...
“Tenemos la pena de participar a Ud.”
Estríbillo del duelo familiar que no importa
ni al bueno ni al malo de la vecindad.
Y adivinando todo dirá tranquilamente:
“descanse en paz”, y la esquila mortuoria
con su festón de luto se quedará en la mesa
entreabierta y lo mismo
que las que fueron antes,
entreabierta y lo mismo
que aquel cuerpo sin alma.

Marco A. Ponce

Noche buena

Cómo será mejor
contar la historia de amor
de aquella noche pascual,
en que se abrió como una
campanilla de cristal
el resplandor de la luna!
La niña tuvo un amor,
y era el amor de la niña
más cándido que una flor
y más dulce que la viña.

.....
Tembloros de agua, la ojera
de la frondosa arboleda
y en torno un halo de misa,
yo pensé que siempre era
el albo cisne de Leda
el que bogaba en la brisa.

Signos

Qué bello era el buen Jesús
y qué bella era la niña...
¡Que niño era yo también!
Recuerdo que era la luz
como mirada que guiña
con una intención de bien,
mas por fortuna
estaba yo enamorado de la romántica luna,
y era la noche pascual
como no lo fue ninguna
por su bien o por mi mal.
Muchachita lejana
que al fin te olvidó mi amor,
vieras qué tristeza siento
cuando en las alas del viento
oigo la triste campana
llamando a misa mayor.

Marco A. Ponce

Un gallo cantaba triste
en la media noche aquella
después del sermón de oro...
¿Qué fue lo que me dijiste?
No recuerdo, tú eres bella,
exclamaba yo, y te adoro.
Del fondo surgió una estrella
y nació el niño en Belén,
mientras gentiles y vagos
iban siguiendo la huella
aquellos tres Reyes Magos
por siempre jamás, AMEN.

Signos

De primavera

En el album de **Altagracia Sandoval**

Aurea el aura arome el canto leve,
y dé al viento
la paloma cándida de nieve
su acento,
como una canción de amor.
Que vista el color la flor
y en la onda vague el trino
para TI.
Y escancien las rojas bocas el rosado vino
de sangre y de rubí.
Remoce la fresca viña
el viento vernal,
que es fresca la blanca niña
y trae mi canto un halo
de incienso para el Misal.

Marco A. Ponce

Irice la gracia alada
y se corone el pistilo
de rocío matinal;
que bajo el húmedo tilo
se entreabra la enamorada
caricia primaveral.

Pan en la blanda flauta
eglogueice el pentagrama,
y Euterpe siga la pauta
del ritmo alígero y áureo
danzando sobre la grama,
y cuando el santo vocablo
se deje oír en la misa,

PARA TI

abra tu seno el venablo
y desliendo una sonrisa

DI

¡Solamente para TI!



Zíngara bohemia

Signos

A Francisco Alemán

Dame de beber en tu boca,
roja flor de sangre maligna y sensual,
y encienda el falerno tus labios de laca,
zíngara bohemia, zíngara fatal.
El mosto es la sangre de la eucaristía
que enciende el amor...
Hila tus ensueños de gitanería
y halla mi dolor,
porque entre la zambra de tu algarabía
los crótalos béticos ahuyentan el mal:
hila tus ensueños de gitanería,
zíngara bohemia, zíngara fatal...
Extiende el sortilego haz de tu baraja
y dime el enigma que esconde mi afán,
dímelo muy suave, dímelo en voz baja:
estos sueños míos, ¿hacia dónde van...?
Dímelo muy quedo, porque mis sonrojos
te harán sonreír.

Marco A. Ponce

¿Qué arcano traslucen tus extraños ojos
que acaso no quieren por mi mal, decir?
Dame de la sangre que hierve, gitana,
en tu boca roja maligna y sensual,
y escancia rubíes de mi damajuana,
zíngara bohemia, zíngara fatal...
En el rojo encaje de tu enorme falda
se perdió mi ensueño como una esperanza,
y tus claros ojos color de esmeralda
van diciendo el giro de la loca danza
de tu cascabel...
¿Qué dicen las rayas que tengo en la palma
de esta mano enferma de sensualidad?
¿No crees, maja maga, que llevo en el alma
un oscuro signo de fatalidad?
Dímelo muy quedo, dímelo en voz baja,
extiende el sortilego haz de tu baraja,
dime la verdad!

Signos

Es muy breve el cuento de mi amor, gitana;
es un hilo de oro que enhebró mi mal.
Erase una niña y era una lejana
noche de verbena y de carnaval.
¡Yo enfermé muy pronto! ¡Yo perdí mi vida!
Se murió el anhelo junto a su balcón...
Dame tú la sangre que hierve, gitana,
en tu boca roja maligna y sensual,
y encienda el falerno tus labios de laca,
zíngara bohemia, zíngara fatal.
Cántale a la vida música encendida
y vibre el pandero lírico y triunfal.
Deja que nos cuente tu sutil baraja
las mil y una noches de mi triste mal.
Dímelo muy quedo, dímelo en voz baja:
¿Cuál es el enigma que esconde mi afán?
Dímelo golpeando tu redonda caja:
esos sueños míos, ¿hacia dónde van?

Signos

Lux

**A la amada memoria del Padre Reyes
en el instante sublime y jubiloso de
inaugurar su Universidad.**

Mi lira juvenil, nimbo sagrado,
que en las fiestas de amor rindió homenaje
a las doncellas núbiles, hoy canta
un sublime capítulo olvidado;
y al trueno de su épico cordaje,
desde la sombra augusta se levanta
el espectro senil del coloniaje.

Marco A. Ponce

I

El alba libre amaneció nublada
sobre los altos riscos de los Andes
por el vestigio que dejó, infecundo,
el lábaro que un día desde Flandes
España omnipotente proyectaba
sobre la vasta juventud de un mundo.
Siglos de inanición y pesadumbre
fatigaron el curso de la historia
con el cansancio del poder de Roma;
y lenta se anunció ¡eterna lumbre!
con el velamen de Colón, la gloria,
cuando sobre los piélagos asoma,
por designio inmortal omnividente,
vástago de una edad que se desploma,
la columna de un nuevo continente.

Signos

II

Mas la sombría nube del papado
con sus cohortes de sombría tropa,
caía como un párpado nublado
sobre las greyes del confín de Europa.
Y enmedio de aquel torvo laberinto
con que nubló la tierra en su sendal
la púrpura imperial de Carlos Quinto,
vestigio impenitente de la histeria,
para guardar la pompa funeral,
levantóse en los páramos de Iberia
el sombrío frontón del Escorial.
Tal el mochuelo conventual del siglo
extendió por los cielos su mirada...
y, trágico edecán de aquel vestigio
bajo el advenimiento pontificio,
con la cruz por insignia, ensangrentada,
encarnóse en las llamas del suplicio
el espíritu del mal de Torquemada.
La hoguera no prendió sobre los mares,
más llegónos su triste resplandor,
y la aurora del cielo americano
despertando en ubérrimo esplendor,
sombrría se tornó con el hispano
sayal del vituperio inquisidor.

Marco A. Ponce

III

Por eso es que en la épica jornada
nada debemos a Castilla ¡nada!
Que al amparo de tristes crucifijos
sólo tristezas y dolores trajo,
y el pesado baldón para sus hijos
que enervó los instintos del trabajo.
Dios no era suyo porque Dios es grande
y abarcándolo todo en su mirada,
lo mismo presidía sobre el Ande
que en la vetusta Europa entronizada.
Apenas, para alumbrar las sombras de antes,
legítima heredad de casta indiana,
el genio tutelar de su Cervantes
quedó sobre la estepa americana...
Por eso fue que al sacudirse un día
el dorso de los Andes, bajo el casco
del corcel de Bolívar que ascendía
a la gloria inmortal, resquebrajó el peñazco
de la ambición que perpetuó el fracaso,
y libre ya la América vejada,
irradió desde su solio, el Chimborazo,
el relámpago ilustre de su espada.

Signos

IV

Y todavía el triste sol de España envejecida
por el cansancio de sus siglos de oro,
alumbró en el albor del diecinueve...
Más ya la Francia nos envió el tesoro
que en sangre tanta maculó el verdugo,
para alumbrar la faz del Universo.
Y con el nimbo santo Víctor Hugo,
pontificó su lengua, Cardenal del Verso.

.....

Tal en la noche de la edad pasada
caía de las órbitas lejanas
una congoja de sopor al istmo,
cuando
suavisando el buen Dios sus luengas canas
bendijo una provincia en su bautismo,
y del reflujo de las turbias greyes
surgió como una perla entre las valvas,
el hisopo de Pan del Padre Reyes,
y fue el alba más pura entre las albas.

.....

Signos

Responso lírico a Ramón Padilla Coello

I

Hermano bohemio de ensueños y rosas,
que amabas el hondo fluir de las cosas
en la peregrina luz de tu canción:
pasó Sagitario por las nebulosas
y vengo a decirte frases temblorosas
como una oración. . .
Ya puso el dios Pan un crespón en la fiesta.
Caprípedos faunos llenan la floresta
de un hondo tañer;
y Atropos la dulce, la triste y sombría,
como enamorada loca se extasía
en la adolescencia lírica de ayer. . .
Calíope en vano conjura a la ninfas,
que en las sosegadas ondas de las linfas
de las verdeobscuras márgenes del Sur,
vieron tu silueta de Anacreonte esquivo
con un vago anhelo rústico y lascivo
en la ruta blanca del divino Azur.

Marco A. Ponce

Término ha vaciado sangre de las viñas,
y por tí han vertido lágrimas las niñas
que en tus versos eran Hadas del Amor.
Más Syringa tañe la canción agreste,
lánguida y dolida por un mal celeste,
que se despetala como una flor.
La antífona de oro del salmo pagano
suenan como un órgano llena de emoción...
Maestro Molina! llevad de la mano
al efebo ungido que llega al Panteón.

II

Bizoño Anfión de la orquesta
de la apolonida grey,
tu pífano en la floresta
febricitó a las bacantes,
y egloguizando los aires
Cibeles dió sus pezones
al goce primaveral.
Venusino arquero joven
de las florestas del Dios,
—cuál ninfa de Anadiomena
esquiva no se rindió?

Signos

Dafne, Peneya y Cloe
las del amor zahareño,
y la divina Syringa
que moduló tu canción,
fugitivas te anhelaron,
mientras al céfiro blando
del abanico de nieve,
Leda entreabrió los muslos
a las caricias del Dios.

III

Que deponga el tirso el Filostefanos
y Orfeo detenga la danza del mar. . .
Ha muerto un Panida, oremos hermanos,
y las nueve hermanas venid a llorar!
Tended ese manto Nereidas de iris,
y Filomela cante un solemne requien.
Hagamos el signo sagrado de Osiris,
coronad de pámpanos su pálida sien.
Hermano bohemio de ensueños y rosas,
que amabas el hondo fluir de las cosas,
en la peregrina luz de tu canción,
pasó Sagitario por las nebulosas. . .
Recibe en tu huesa mis frases piadosas,
hermano Ramón!



Nocturno de noviembre

Signos

Los muertos

Esta noche fría y lenta de noviembre,
esta noche inmensa y negra del recuerdo,
saldrán todos uno a uno de sus tumbas,
tétricos, descarnados, silenciosos,
como el infinito cielo mudo y alto
de esta oscura y triste noche de noviembre.
Y las de esos “otros”
dolorosas, impasibles,
por las sendas solitarias del caduco cementerio,
como en un desfile blanco de una fiesta de sonámbulos,
se irán riendo de la vida, se irán riendo, riendo, riendo.
Y a la luz de alguna estrella
la blancura de sus dientes brillará como un teclado,

Marco A. Ponce

y la oscura sinfonía de su risa
sonará como un chirrido
en el áspero silencio del caduco cementerio.
Esta noche que trepida en el cordaje de los nervios
con extraño ritmo agudo de dolor y escalofríos,
volverán al mundo todos
los espíritus amados, poetas graves y silentes
del olvido.
Con las cuencas encendidas
por la chispa verde mate de un carburo sepulcral,
y los huesos ensamblados como sierra
en el cráneo abandonado por la luz de la razón,
en la ronda se irán riendo, riendo, riendo...

Signos

¡Ah, quizá entonces mas de alguna sombra de esas
ha de ser tal vez su sombra! . . .

Y sus manos adoradas, largas, duras,
estarán lo mismo juntas como en mística oración.

Un hedor acre y maligno,
como el vaho del averno ensombrecido,
va a escaparse de las tumbas boquiabiertas,
y la tierra —húmeda y negra del sepulcro—
lanzará un vaho siniestro
que en confusión de miasmas
vendrá a herir con pavoroso acento
la oración de los vivos.

¡Ah, quien entonces no sienta
el dolor del recuerdo y el dolor de la nada!

Marco A. Ponce

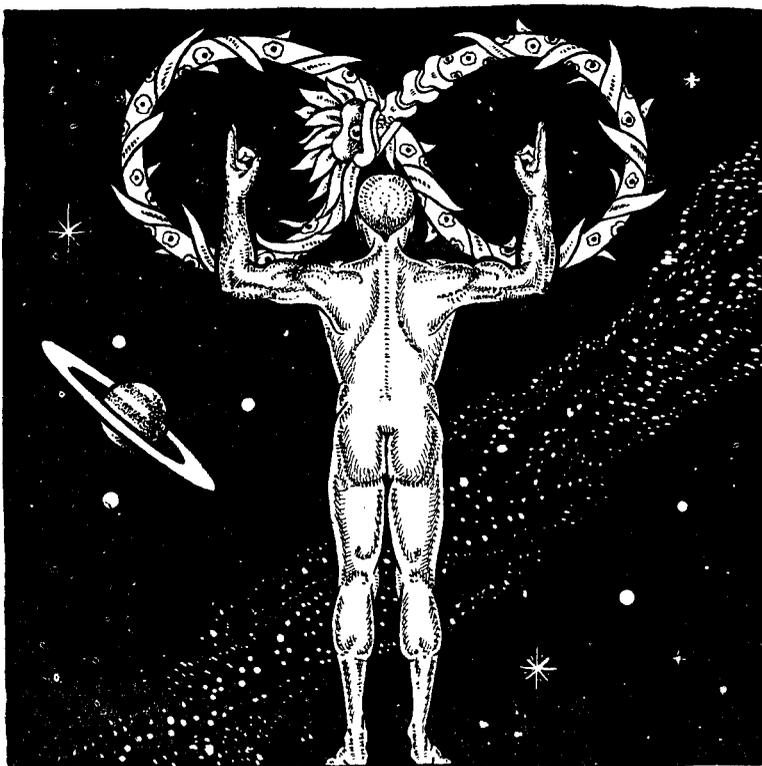
En medio de las sombras que subirán al cielo
por el augusto vértice de los negros cipreces,
flotará un halo lejano y profundo
de misterio.
¡Oh, los muertos amados
que vendrán a la fiesta blanca de los sonámbulos,
esta noche lenta y fría de noviembre!
La cristiandad entonces ha de tañer sus arias
de eterno dolor,
y desde los sombríos campanarios
se oirá la voz del mundo
vaga en la inmensidad.
Algún día a esta fiesta de los tristes
asistirán mis huesos
con la demás arcilla . . .

Signos

Entonces en el hondo silencio
la llamaré a mi lado
para que siempre yazga junto a mi eterno amor.
Y las horas tan lentas del sepulcro
seguirán filtrando en la ampolla siniestra
de la nada,
como lágrima de fuego
de las cuencas inmensas de la eternidad.
Después, uno a uno, cuando venga el alba,
volverán a sus lechos incómodos y hediondos
para seguir durmiendo,
hasta que llegue la hora
de la resurrección.

Signos

¡Iban todos hacia el alba!
Iban todos hacia el alba pura, clara,
hacia el alba de la nada,
sempiterna alba de ensueño
que se enciende en las tinieblas
mas allá de las tinieblas
mas allá de lo ignorado, mas allá de lo que existe,
en la órbita gigante de los astros y la tierra,
de los cielos y el espacio,
de la vida y de la muerte,
cabalgando solitario
sobre el lóbrego hipogrifo de las sombras...
¡Iban todos hacia el alba!



Nocturno de diciembre

Marco A. Ponce

Y en la densa noche muda
con el trágico mutismo de las almas desoladas,
las siluetas vagorosas, serpeantes,
en el hondo abismo eterno,
todo lleno de tinieblas,
galopaban, galopaban, galopaban...
Desde el infinito un soplo
de impasible eternidad se extendía
sobre todas las esferas,
y remotamente apenas,
como vagos mensajeros de las cósmicas alturas,
asteroides luminosos estriaban
los silencios vagorosos en los límites del mar.

Signos

En aquella noche inmensa
libre el alma, vasta y sola, se internaba
confundida en las tinieblas;
y tras hondo afán inútil,
paroxismo de Koranes y de Biblias y Talmudes,
catequísticos breviaros y aforismos teologales,
el fantasma de la fiebre se acercaba...
¡Se acercaba!
Pero un grito
que en los ecos insondables
de los páramos medraba,
llenó entonces el vacío de las sombras desoladas.
Y era el grito de la angustia!
Era el grito de la Duda!
Misteriosa voz del alma que interroga al Infinito.
¡Impotente anhelo humano que se pierde en las tinieblas!

Marco A. Ponce

En el cielo,
sólo el coro de los mundos
armoniosamente en calma respondía . . .
Entretanto,
por la ruta misteriosa que venía de la nada,
las siluetas vagorosas galopaban
arrastradas en el viento de huracán de los abismos.
En tal hora toda llena del enigma de las cosas,
en tal hora del espanto y la amargura,
como Fausto me engreía,
me abismaba
en el símbolo espectral del microcosmo.
Y —oh el enigma de las sombras funerales de la noche!
Ni un murmullo, ni un lamento . . .

Signos

Sólo el célico rumor de alas que rondan
y la fuga de las vírgenes virtudes teologales
hacia el ábrego infinito de la muerte...
Tal en la alta media noche galopaban
las siluetas vagorosas hacia el alba!
Su recuerdo llenó entonces
la tristeza de la noche solitaria
como un rayo de la luz de las estrellas,
que impasibles ante el grito de mi angustia
se callaban...
Y su sola evocación conjuró mi alma
que en los éxtasis telúricos volteaba
esa página infinita del silencio,
negra y honda...

Marco A. Ponce

Su recuerdo vino a mí como un fantasma
sigiloso entre las sombras de mi estancia,
donde al vago viento apenas,
se exornaba alguna rosa tristemente;
el desierto camarín de mis amores
la mecía
con la unción de pesalumbre
de suspiros olvidados. . .
En el mórbido diván de terciopelo volvió luego
su silueta mansamente a aposentarse,
como antes en las noches de diciembre,
cuando el son de las guitarras
y las flautas de carrizo,
bajo el halo de los claros ponentinos de la luna,
se insinuaban a lo lejos blandamente
por los tristes arrabales,
melancólicos y dulces

Signos

en las pascuas siempre alegres
del lugar donde nací.
¡Pastorelas del pasado,
villancicos olvidados de la música del bien!
Esta noche no han sonado las dulzainas . . .
La niñez está lejana
y dispersos los recuerdos, sombras vanas,
de los chicos de mi barrio, se han poblado mis ensueños
de una extraña senectud.
Solamente mas cercana
la devota adolescente que llegó más tarde a mí,
niña triste y sensitiva
como el aura campesina que palpita entre las ramas
en las tardes sosegadas!

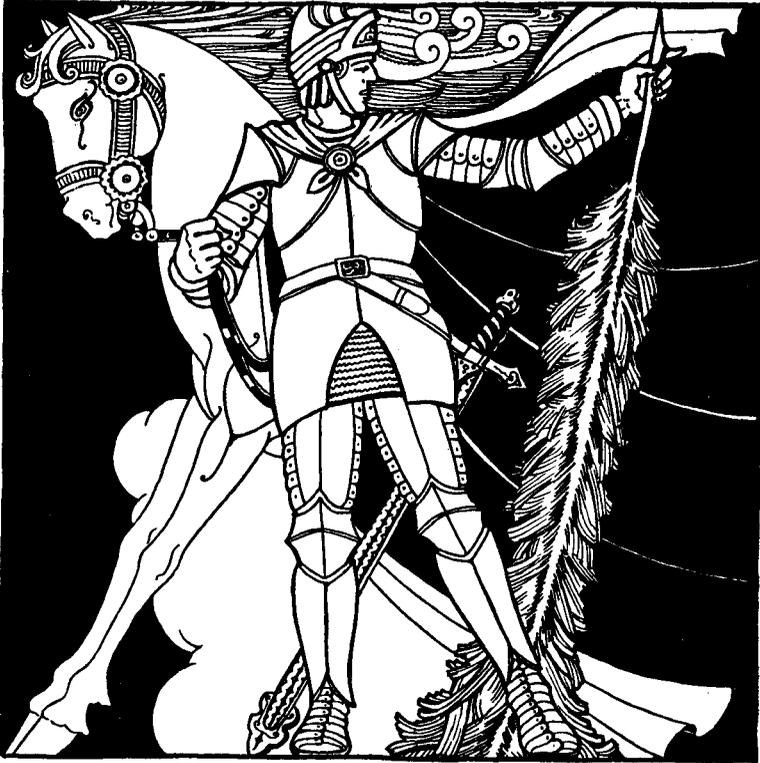
Signos

Sinfonía

No es un día de invierno
ni el sol madruga.
Ha tendido su hamaca de azúcar la oruga,
y se duerme al compás del eterno
milagro del cosmos.
Sobre un mango Job
pulula un enjambre de moscas;
el coro se vuelve sonoro
dentro del absintio de un pantano grumo.
La tierra se llena de humo del Sol,
y pasa silvando el oboe del viento
el salmo más grave de su facistol.

Marco A. Ponce

En la rada de flores de loto
acuatiza de un viaje remoto
la libélula-avión San Vicente,
y a mirar el milagro del ala
acudió la corpúscula gente
CIVILIZACION!
Un mosco nictálope urde
el Ave María que aturde
al clérigo sapo, mientras dice su sermón.
No es un día de invierno
ni el sol madruga.
Ha tendido su hamaca de azúcar la oruga
y sigue durmiendo su sueño el burgués...



Trova galante

Signos

Yo soy ¡oh dama! caballero
que alcancé en las veredas del ensueño,
en la cita gentil bajo el alero,
un romance de amor para mi sueño
y un galardón muy noble de escudero.

De vuelta de la tierra castellana,
donde crucé la espada en mis amores,
vengo a ofreceros mi gentil tizona
que es reliquia triunfal de mis mayores
y orgullo del ancestro que blasona.

Marco A. Ponce

Acostumbrado a las lunarias cuitas
de ajimez o jardines indiscretos,
he de asistir a tus nocturnas citas...
Y en las galantes lides de los retos
probaré la pasión a que me incitas.

Yo por tus lindas manos de duquesa,
bajo el dosel que guardará el secreto,
he de tejer en la viril proeza
catorce rimas del mejor soneto
en el canon de la inmortal belleza.

Signos

Yo soy ¡oh dama! aventurero,
señor enamorado de la luna,
En mi vida de romántico guerrero
he madrigalizado siempre una
añoranza de paz en el sendero.

Más en mi nueva transición de anhelo
voy a escudar con mi broquel tu nombre;
las luchas del honor son mi consuelo,
y en la sencilla condición de hombre
llevo en mi ser la soledad del cielo.

Marco A. Ponce

Ha tiempo que mis armas de combate
por nobles causas en debate fiero,
ennoblecí en las furias del embate,
y hoy ¡oh noble dama! caballero,
mi vida pongo en precio a tu rescate.

Apresta, pues, que mi corcel te espera.
La soledad propicia inquieta el viento,
y ante el ímpetu audaz de la carrera
la muda impavidez del firmamento
temblará en el confín de la pradera.

Signos

Así, cuando mi fiel cabalgadura
por la fuga veloz caiga rendido,
encontrarame el sol en la espesura
por la primera vez al fin vencido
a los pies de tu extática hermosura.

Después, cuando la cita del amor lejana,
perdida esté en el polvo del sendero,
recuerda que en tu plácida mañana
amaste al garrido caballero
al volver de la tierra castellana.



Elogio lírico del basket ball

Signos

¡Modernismo! ¡Siglo veinte!
La pelota zumba y vuela,
y en el vértigo inconsciente
rasga el aire con su estela,
palpitante, estremecida,
persiguiendo una victoria con anhelos de vivir.

Siglo veinte!
Ya no es Grecia la jocunda
con su clásica palestra de las viejas olimpiadas,
ni las vírgenes de Vesta van de mirthos coronadas.

Ya no es Roma la pagana
ni sus cuádrigas aladas,
es la raza americana
joven, fuerte,
persiguiendo una conquista con anhelos de vivir.

Marco A. Ponce

Es la Diana de los Andes,
que ama el vértigo y la gloria,
es la Venus indo-hispana
del amor salvaje y grande,
que amamanta ya en sus senos
las promesas opulentas de la raza al porvenir...

La pelota zumba y vuela
y palpita estremecida de placer
al sentirse aprisionada
contra un seno inmaculado de mujer.

Sopla el viento, sopla el viento su clarín
raudo y sonoro
entre el bosque de melenas agitadas, brumas
de oro,
y un fru fru de faldas cortas
se estremece en las caderas con elástico mohín.

Besa el sol con besos rojos
la morena piel, sensual,
y parece que fulge hasta en los ojos
el ardor de la sangre tropical...

Signos

La pelota zumba y vuela
y es del triunfo mensajera;
fatigada de la lucha, portadora de un ideal,
salta, corre, vuela, se dijera
que es una alma estremecida
por un loco vendaval.

Más de pronto estalla un grito todo lleno de emoción:
¡Basket! ¡Basket!... es la meta,
y en el aire cruza inquieta
la pelota del campeón
conquistando una victoria con anhelos de vivir.

Es el triunfo, es la gloria...
Y ya pasan entre un coro
de laurel, de rosa, de oro,
las diez vírgenes que llevan
palpitando entre sus senos
las promesas opulentas de la raza al porvenir.

Signos

Esponsal

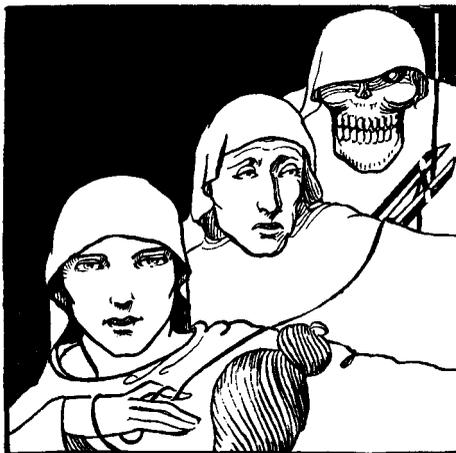
Pues el loco,
con pesar o sin penas,
y a pesar de los cuerdos,
nunca quiso dejar de soñar.
Y se le iba la vida soñando,
y era azul, muy azul
la distancia lejana. . .
Cinco días, un mes y hasta un año
se veía venir
entre el marco de una ventana,
y asomado de noche a mañana
se le fueron clavando,
como en un almohadín de modista,
alfileres de estrellas
en las células grises.

Marco A. Ponce

En el dorso brillante venía
de un magnífico tábano azul,
con su traje de sota de espadas,
la reina en conquista del dueño del sol.
Y asomado a esperarla
de noche a mañana,
se le hicieron las manos arañas
que tejían la alfombra de luna
para el tálamo vago
de regio esponsal,
en el marco vacío de aquella ventana.
Fue la fiesta galante.
Se alumbró con bujías de invierno,
y el anillo nupcial fue extendiendo
en torno a Saturno
su arco de luz.

Signos

En el templo de vela solemne
Vía Láctea extendió su divino
lienzo nupcial.
En los ojos del cónyuge amante,
enfocados en la eternidad,
se grabaron escenas,
y se ve todavía
a la reina con su traje
de sota de espadas
sobre el dorso brillante del tábano azul.
Si sería, he pensado, la adúltera reina
escapada una noche de juerga
de la mesa de poker
de algún cabaret!



Hilos

Signos

La tarde nos mira con tristeza inmensa
hilvanar un hilo hasta el anochecer;
la noche nos mira sosegada, y piensa:
este es un hilo que se va romper.

El alba piadosa vuelve de la nada
y torna a encontrarnos en el mismo ayer,
enhebrando el hilo de la vida amada
y es el mismo hilo que se va romper.

Madeja de oro, tesoro de la juventud,
enhebra tu hebra que va a atardecer,
goza tu minuto de azul inquietud
que es el hilo de oro que se va romper.

Marco A. Ponce

La vida es la misma, no te afanes, alma,
en mover la rueca vana del placer,
no te afanes tanto y escarda con calma
el hilo de plata que se va romper.

Ocupados tanto en morir vivimos,
que vamos viviendo siempre lo que fue,
hilos que quién sabe de dónde vinimos,
hilos que se rompen sin saber por que.

Ocupados tanto en morir vivimos,
que vamos viviendo como sin querer,
hilos que quién sabe de dónde vinimos,
soy un hilo débil que se va romper.

Signos

Yo he amado la vida. . .

Yo he amado la vida
con risas, con lágrimas, con penas . . .
Y toda risa es lágrima encendida
cayendo confundida en las arenas
de mi desolación.
Una noche languideció mi anhelo
y una mañana se exaltó mi canción.
Los dos eran fulgores del mismo cielo
y penumbras del mismo corazón.
Luego pudo volver la aurora
y se fugó también, como al acaso
el trino de una epístola sonora
en que elogiaba el paso
de una vaga ilusión.

Marco A. Ponce

Tú eres aquella. . .

Tú eres aquella que enhebró mi anhelo
en la rueca roja de tu corazón.
Lunática enferma del loco desvelo
de la noche blanca de eterna ilusión.

Tu vida es el vaso de Sully Prudhome
que hendiera algún roce de plumas, y el vaso
va escanciando silencio al ocaso
el agua divina de vana emoción.

Es acaso el vaso de Sully Prudhome
tu vida que escancia por gotas de grana
en el cáliz blanco de plena mañana
todo el contenido que da la emoción?



Signos

Signos

Fuí al mar
por el anhelo azul que tiene el verso,
y el mar era tan gris
y era tan viejo,
que fatigóme Homero en sus canciones.
Tras de la nada de la playa sola,
el fondo se hizo así...
como una cinta
sobre la frente del cansado viejo.
Y volví de las playas
con la tristeza gris que tiene el verso,
sin encontrar la pauta indefinible.
No lejos, un silencio entre las palmas
me buscaba,
y su voz que sólo oyeron
los poetas, los orates, los profetas,
se estiró como una serpe
larga, nudosa, que silbaba

Marco A. Ponce

entre todos los desnudos y descalzos
esqueletos impasibles de las palmas.
Luego un signo de bonanza,
dije, así que iba ascendiendo
como el disco ya lanzado
del discóbolo de Fidias,
el planeta femenino de las horas transparentes.
Y en aquel efluvio denso
me quedé mirando al cielo
con el vago sensualismo
de quietud que hay en el verso.
Volví abajo la mirada.
No ví nada, nada, nada.
Y aquel día, aquella tarde, aquella noche,
sólo el fondo de tus ojos
parecióme que escondía
la inquietud que hay en el alma
y el temblor que tiene el verso.

Signos

Festival

La barahunda del jazz cantaba una
sensación de armonías olvidadas,
y en tus claras pupilas desveladas
había una ilusión de luz de luna
como en los ojos de las atormentadas.

Y en espirales de dulces notas,
rondas de alados suspiros vagos
iban fingiendo tenues amagos
de pizzicatos en las gayotas,
por tus halagos.

Marco A. Ponce

¡Oh amadas noches de florentinas
querellas suaves de los amores!
Romanticismo de horas mejores
en que las lunas de las glicinas
dieron albergue a los bailadores.

La trepidante noche lunaria
fingió un desvelo en tus ojeras
como en las fiestas de amor primeras.



Pobrecita la loca

Signos

¡Pobrecita la loca!
La seguían las gentes
inconscientes y abyectas,
y aún mas inconscientes,
con sus lenguas provecetas
ululando detrás.

Nadie sabe lo amargo que ha vertido su boca.
¡Pobrecita la loca!
que en el alba
era fruta en agraz.

Si la vida es tan vana,
si la Psiquis oruga!
Quién pudiera saber que mañana
se agitara la fuga
de una bella ilusión!



Eva

Signos

Savia o polen,
o sangre o cieno,
caricia o beso, o mordedura,
unción celeste de la vida entera,
canon de fe.
Hostia de sangre en el ritual divino.
¡Obra de Dios en su mejor minuto!
Eva, sublime Eva del Edén perdido,
nada te importe tu destierro ¡oh Eva!
si le enseñaste a nacer al hombre,
divina chispa que ocultaba el Padre
a la irredenta arcilla.

Marco A. Ponce

Yo puse en fuga

Yo puse en fuga el potro de mis mejores años
como centauro loco o el caballo del Cid,
más cuando se hayan ido, selváticos rebaños,
al recordarme amigos, solamente decid:
él puso en fuga el potro de sus mejores años
como centauro loco o el caballo del Cid.

Yo fustigué las ancas y acicaté el hijar
por un instinto inmenso de mi propio sentir.
Cuando acaso caído de tanto galopar
me recordareis amigos, sólo podreis decir:
él fustigó las ancas y acicató el hijar
por un instinto inmenso de su propio sentir.

¿Se desbocó en la pampa acaso mi caballo,
gallardamente indómito envuelto en arrebol?
Decid que eran diamantes los que calzó su callo;
tuvo tal vez su estirpe en las vencidas razas,
que desbocó en la pampa acaso su caballo
gallardamente indómito envuelto en arrebol . . .

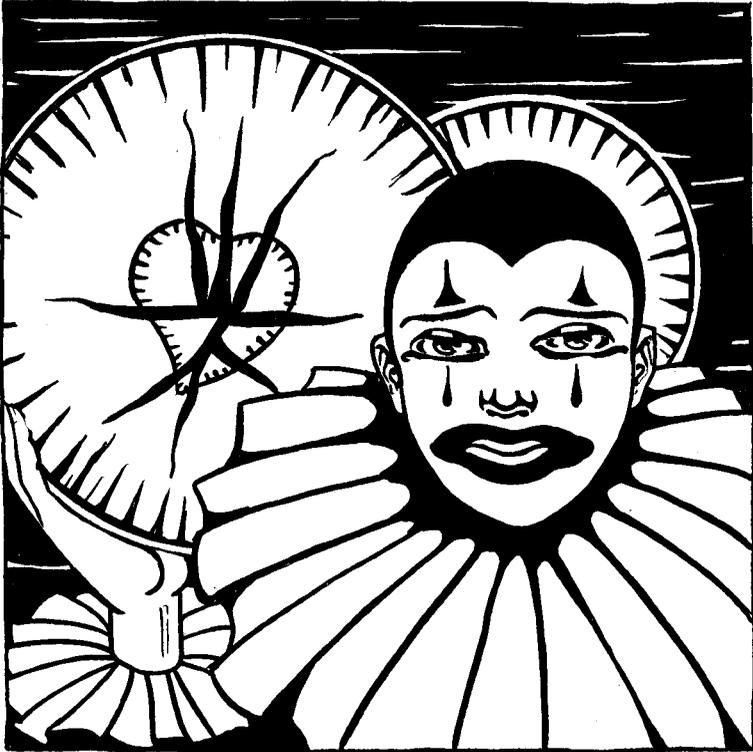


Idolos viejos

Signos

Idolos, ídolos viejos, árboles de la raza
que son como una sombra sobre el disco del Sol;
lágrimas de piedra que de los ojos tristes
manó en el gran silencio la tierra maternal.
Dioses valetudinarios con caras de tragedia,
símbolos del álgebra de la civilización,
todavía embriagados con el zumo caliente
del último salvaje loco de humanidad.
Por los ojos de piedra están viendo los siglos
llover almas enfermas, pentagramas del mal,
donde la loca danza del terror ha encendido
otros fuegos eternos para el mismo dolor.
Idolos, viejos ídolos del barro de la raza,
que estais tristes y dormís a la sombra
de la selva sagrada donde anida el simurgo
de la tradición.
Es la sombra que pasa de los bravos guerreros,
caravanas de flechas, músculos de caoba,
tostados en la fiebre del vaho tropical.

.....



El payaso

Signos

Soy el lírico histrión de la **comparsa**;
lento volatinero, yo entretengo la **farsa**
con el cascabel de oro de mi corazón.

La banal romanza huelga en el redoble
del amaine grave de mi paso-doble
sobre el hilo tenso de mi decepción.

Y tienden las risas sobre las gavillas
el arco rosado de las maravillas
con la flecha de oro de la plenitud,

mientras en los palcos una Scherezada
deslíe en el hueco de una carcajada
las mil y una noches de su juventud.

Marco A. Ponce

Y sigue el redoble de la fiel romanza
bajo la carpa de alguna esperanza
con mi traje estriado de multicolor.

El trágico gesto de mi risa rara
es como biombo donde se amparara
la escuálida mueca de mi cruel dolor.

Mas aplauden todos para que repita
esto que parece que sufre y tiritita
y que todos llaman arte sin igual?

Pues vamos, señores, hagamos derroche,
que en las carcajadas de las buenas noches
terminó la danza de mi carnaval.

Signos

Más no te espante, alma mía,
la loca vocinglería
del populacho que asiste diariamente a la función.
Cantemos, que es el destino,
la ridícula canción;
y mientras vamos cantando
sobre la cuerda tendida,
hay que seguir bailando
el cruel danzón de la vida
al son de los cascabeles
de oro del corazón.

Marco A. Ponce

Bajo el tinglado de fiesta
el pueblo de los arrabales
se ha congregado esta noche...
El oropel de mi traje, mohín de los carnavales,
y el barbiquí del cabello que transfigura la testa,
armonizan con el paso
ridículo de la danza
mi condición de payaso
que sobre la cuerda gira
al son de los cascabeles
de oro del corazón.

Signos

La abuela

¡Oh qué suave y qué triste la mañana!
Torciendo sus cigarros se entretiene la abuela...
“Cómo se pasa el tiempo” pronostica la anciana
mientras gritan los niños de la vecina escuela.

La brisa empaña el roto cristal de la ventana;
huele a tierra mojada: en una pastorela
del Padre Reyes, bailando una pavana
con un apuesto hato, se distinguió la abuela.

En un rebozo grana se envuelve la cabeza;
la mañana está fría, y mira con tristeza
una cuna olvidada que sueña en un rincón.

Está envolviendo siempre cigarros y cigarros,
y mientras se previene de posibles catarros,
echado en sus chinelas ronrona Zapirón.

Marco A. Ponce

A una adolescente

Mi verso es como el agua que se aguza
entre tus muslos cálidos y finos;
y está impaciente a copular mi musa
con los pezones férvidos, divinos.

Ni tus pupilas cándidas ni tu cabello bruno.
Odio tu traje en que el ardor trasuda
y tu ropaje —cónyuge importuno—
que me ha vedado tu visión desnuda.

Mi verso es como lengua que lamiera,
ola sobre tus senos mansamente
destendida en redor de tu cadera,.

y algo entre espumas que la brisa peine,
cuando flote, magnífico, indolente,
el terciopelo negro de tu empeine.

Signos

Desencanto

No fue mas que un engaño. Florecía
en mi abril una alegre primavera;
y a romperse en el alba, amanecía
el convólvulo de mi quimera.

Estaba el alma sin pesar, y había
tanta gracia en tu fresca cabellera,
que no pensé jamás que ella escondía
una ilusión tan triste y pasajera.

Espiaban ya tus senos entreabiertos
la núbil castidad de tus mañanas
como un nido de placer, despiertos.

Más las dichas de ayer fueron ¡oh amada!
como un vuelo de acordes sin concierto
en el eterno ritmo de la nada.

Marco A. Ponce

Mañana

Tal vez, cuando lejana mi juventud dichosa,
vuelvan tus ojos glaucos mis ojos a mirar,
recorderás acaso que un día fuiste hermosa
y que tal vez tú fuiste la causa de un pesar.

Habrán amontonado los días mucha sombra
sobre las cosas mismas que fueron tu inquietud;
más si al casual destino mi juventud se nombra,
oirás también que dicen tu bella juventud.

Porque jamás se olvida la primitiva senda
donde un lejano día se nos cayó la venda
quizá en una mañana de rara esplendidez;

y el alma, en el decurso forzoso de la vida,
se exhalará en anhelos por la ilusión perdida
dentro de tu pobre cuerpo nublado de vejez.

Signos

El poema de la vida

**A mi querido maestro doctor
don Esteban Guardiola.**

Episodio primero

Dios era la solemne quietud de los paisajes
en la primera aurora divina del Edén,
y bajo de la umbría paz de los ramajes
las fuentes eran éxtasis melódicos del bien.

Adán —lo mismo que la luz— hallaba
al contemplarse, veste de cristal en ellas.
Eva divina en su pezón llevaba
el efluvio de Dios, y hasta sus huellas

eran, para el jardín del Paraíso,
armonía de rosas en la senda . . .
Y el padre en su creación se satisfizo

mirándolos vagar, como lo hizo,
en plenitud radiante, sin enmienda.
por la celeste luz del Paraíso.

Marco A. Ponce

Episodio segundo

Todo era hecho, y el Creador les dijo:
“del árbol de la vida no comais”...
mientras que, omnividente, les bendijo
en el séptimo arrebol de la creación.

Más Eva entonces se quedó mirando
la fruta sobre el agua suspendida,
virginal y redonda, y suspirando
reclinóse en Adán, estremecida.

El huerto conmovióse de auras ledas,
y el árbol de la Vida con el viento
sacudió su ramaje... En las quedas

palpitaciones del Edén se oía
suspirar la creación como un lamento
que desde el seno material fluía.

Signos

Apoteosis final

Al despertar de su sopor era ella
en los brazos de Adán germen fecundo,
y trémula y desnuda y blanca y bella,
sirviente del amor, polen del mundo.

Más el divino Edén perdido acaso
melificó las pompas del pecado,
disipando las sombras del fracaso
la agonía de un Dios crucificado.

Más tú, bendita carne por tu mal proscrita,
“levántate y anda” y resucita
por influjo del Verbo de la misa,

que en el numen inmenso de la Vida
palpita y triunfa, palafren sin brida,
el pecado de Adán que se eterniza.



Lúbrico anhelo

Signos

La sonrisa que en tu boca
vierte su fuego interior,
mas que amarte me provoca
al espasmo embriagador.

A ser posible quisiera
uncir a mi pecho el tuyo,
y gozar con tu cadera
las ternuras del arrullo.

Arder en mis fuegos vivos
la virgen carne que bañas
con secretos incentivos,

y ser entre tus furores
sedativo en tus entrañas
y bálsamo en tus amores.

Marco A. Ponce

La tarde sorprendida. . .

**La tarde, sorprendida en los pinares,
mira con ojos lánguidos y extraños
un secreto concilio de rebaños
discutiendo en voz baja sus pesares.**

**Por la pendiente gris de la montaña
baja cantando un mozo aires natales;
y entre el florido mar de los maizales,
como arca flota triste la cabaña.**

**Frente al espejo de la alberca urabría
arregla su tocado la enramada,
como si de un basto roble enamorada**

**sintiera que en su ser por fin ardía
la savia, en un instante apasionada,
temblando ante el ardor de una mirada.**

Signos

Pastorales

Coridón y Sileno hacen la siesta
bajo un manzano en flor todo promesas,
y en lánguido soplar dan sus tristezas
con el carrizo de su blanda orquesta.

Ni Neftalia, ni Séfora han tornado.
La paz campestre de los dulces días
espera en su crepúsculo al Mesías
que los profetas hánles anunciado.

Y así como pastores y pastoras
en larga espera tras humildes horas
corrieron tras los cándidos rebaños,

esperando he vivido tantos días
en la pauta de inciertas profecías
la caravana de mis desengaños.

Marco A. Ponce

Ya despertó. . .

Ya despertó tu corazón dormido
de la inocencia cándida mas pura.
Ya ni para qué decirte que he vivido
soñando en el albor de tu hermosura.

Ni tanto fue que te esperara en vano.
Ni es bastante cuanto haya en tí soñado,
que entre las zarzas tristes del verano
florecerá en fragancias el collado.

Ni es, Leticia gentil, para tus eras
el amor de mis tristes primaveras
cansadas de lunática inquietud.

Pero sí lo es el alba que rebose
cuando va a despertarse milagrosa
la blanca rosa de la juventud.



Soy

siguio

Yo soy la estridencia de un cohete que sube,
soy el coro de ranas cantando enamoradas,
y la gota de agua que se sorbe la nube,
y la máscara griega que ríe a carcajadas.

Soy toda la inmundicia que tienen los ratones
dentro la panza gris que repletó la astucia,
y las mangas raídas de todos los calzones
puestos en la subasta con la camisa sucia.

Pero en el charco mismo cabe la luz del cielo,
y de la podredumbre florecen como anhelo
mariposas doradas, luciérnagas de luz.

Y como en la parábola del perro todo es asco,
yo voy siguiendo siempre la senda de Damasco
sobre las mismas huellas del pálido Jesús.

Marco A. Ponce

Bajo el almendro

Bajo el árbol que en sombra ha revestido
muchas centurias el corral aldeano,
pasó su adolescencia aquel verano
como alondra feliz dentro del nido.

Hoy la añoranza gris de pastorales
ungió el silencio de la tarde quieta,
y en el éxtasis mudo del poeta
melodizó la voz de los maizales.

Y viéndolo tan viejo y tan callado,
este árbol que sirvió para el pecado
complacióme testigo tan discreto,

mientras que de la evocación de mi pasado
surgió la bendición de su enramado
a cuya sombra se durmió el secreto.

Signos

Voces de la tarde

La tarde en los portales de la montaña queda
como un deseo ignoto suspenso en el vacío...
Y salmodia en hebreo viejos psalmos el río
mientras lento y profundo hacia las costas rueda.

Con sencillo idealismo la arboleda remeda
una extraña liturgia que soñó su albedrío,
y el introito de misa que preludia el rocío
evangeliza el éxtasis de la campiña leda.

El bohío se duerme y sueña que el invierno
le arrulla en sus crespones en ademán paterno
con el ro-ro del viento que sopla en el pinar.

Las voces de la tarde ante el milagro eterno
canonizan el ritmo glorioso y sempiterno
en la calma doliente del celeste avatar.

Marco A. Ponce

La llave

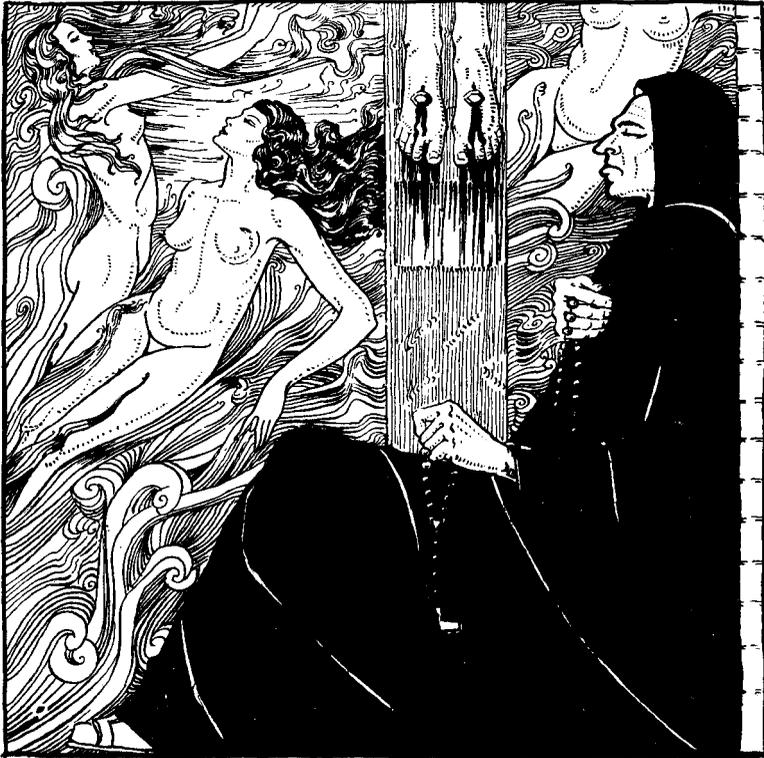
En el album de Mercedes Rodríguez Padilla

Creo que es para tí un dulce amuleto
la llave de este libro donde aprendo
a descifrar el íntimo secreto
que entre sus blancas páginas sorprende.

Una vaga ilusión que acaso un día
quiso encerrarse para siempre quieta,
pero que acaso alguna vez descubriría
una mirada de pasión discreta.

Con esta llave se abrirá tu cielo
y el ensueño de luz de tu tesoro
vagoroso y sutil como ilusión.

Con esta llave se cerró un anhelo
y se abrieron al sol las puertas de oro
de la mañana de tu corazón.



Fray Luis de Villafranca

Signos

Fray Luis de Villafranca que amaba al Nazareno
ungió en éxtasis níveo su mística oración,
pero en la vana lucha de ser casto y ser bueno
comprendió que era débil su pobre corazón.

Alma llena de ensueño que naufragó en la pena
y se entregó al silencio del vivir eucumeno,
que en el claustro apasiona y que condena
a saborear liturgias que curan el veneno.

Fray Luis de Villafranca con su devocionario
pasó entre feligreses con casto arrobamiento
recordando las misas alegres del convento,

pero llevó en las cuentas del divino rosario
su vida de pirata incestuoso y corsario,
Fray Luis de Villafranca que amaba al Nazareno.

Marco A. Ponce

Coyito

El huracán lo lleva a setenta caballos
y acelera la marcha con un trote marcial. . .
Es otro desperdicio que se produjo en tallos
malamente inertados del pecado venial.

Fraterno y turbulento, es cortés y benigno.
Cuando saluda al viejo CAMARADA ambulante
se le mira en la boca, tal el único signo,
un lengüetazo húmedo como mano elegante.

Aviador, soldado, general, músico o artista,
es un polifacético de singular arista
que pluraliza —a usanza— su simpático nombre,

y servicial y probo, aunque siempre está de alta,
como a muchos del pueblo, solamente le falta
el encéfalo entero para ser un buen hombre.

Signos

Pedro Quesadilla

Este muchacho vago que ha perdido el instinto
por no perderlo todo sin ninguna razón,
tiene mucho del vano traficar indistinto
de los cuerdos que viven sin ninguna intención.

Trotacalles endeble, publicista del chisme,
y agente de la muerte o del matrimonial,
no hay nada que en su boca atónita se abisme
sin que lo sepa el corro, maligno, parroquial.

Sin embargo, él es bueno; libidinoso a solas,
tiene en su pobre sangre las impetuosas olas
que en la marea humana desencadenar se ve,

y así como otros mueren por las rosadas bocas,
el pobre se anonada, en sus urgencias locas,
por el deleite extraño: la desnudez de un pié.

Marco A. Ponce

El zapatero

Vino de lejos —de un país latino
cuna divina del Renacimiento—
a bordo de algún barco, peregrino,
hoja arrastrada por un vago viento.

Anduvo con su saco jornalero
buscando —remendón— un pan incierto,
y como tantos encontró el viajero
en nuestra casa sosegado puerto.

Sienta cátedra en toda barbería
sobre asunto cualquiera, y se diría
que es filósofo en trazas de burgués;

habla en su jerigonza, y zapatero,
se torna esfinge ante cualquier letrado
en sánscrito o castizo calabrés.

Signos

Del Trópico

En los verdes potreros del abuelo,
entre un fresco cañal tengo mi rancha;
la paz del alma me la brinda el cielo
y la del corazón mi hermosa Pancha.

Nadie me manda, y con mi corvo al hombro,
mi cumbo henchido, el caite y mi guitarra,
entre siesta y tonada hago el descombro
mientras toca dulzaina la cigarra.

Con astillas de ocote hago mi lumbre.
Echado en mi tapesco fumo cigarro de tuza
y por ser hondureño o por costumbre,

amo mis verdes pinos, bebo cususa,
y aunque partan mil rayos esta rancha
nunca dejo mi corvo ni mi Pancha.

Marco A. Ponce

Mi historia. . . .

¿Mi historia? Preguntádsela a ellas
que en el silencio recóndito me amaron.
Yo pasé por un coro de doncellas
que mis rosales místicos poblaron.

Un rítmico esplendor de griego antiguo
ungió mi mocedad con cien laureles,
y a manera de un Hércules ambiguo
cargué junto a mi plectro mis rodeles.

La heptarquía venal de los pecados
temprano me mostraron malos hados
que acaté con febril aturdimiento,

mas tuve para el ensalmo una paleta,
un disco y una lira de poeta
bajo el imperio azul del pensamiento.

Signos

Yo la encontré un día

Amo a una niña que no tiene veinte años,
que no tiene los senos sino en anunciación.
Toda ella es un perfume de azúcares extraños
que se han diluido en mi alma como una tentación.

Apenas si rizados sus blondos rizos dicen
que ya indaga el amor en ronda colegial,
y al claro de la luna los hace que se iricen
como el oro romántico de la miel del panal.

Yo la encontré un día y ella pasó a mi lado
sin saber que era ELLA, sin saber que era YO,
como cruzan dos alas sobre un lienzo de mar.

Y dije en la mañana que fue propicio el hado:
tal vez otro poeta feliz no la encontró
en una edad tan bella para poderla amar.

Marco A. Ponce

Mística flor

Mística flor azul de la mañana
que un suspiro de luz sensibiliza,
tal fue mi ilusión ayer nacida
por la fatalidad de una sonrisa.

Y fue como todo lo que vuela
con el perfume vago de la brisa,
una palpitación que ama y anhela
y en el ensueño aquel se romantiza.

Pálida sensación engañadora
que por virtud de la naturaleza
encadena y tortura y enamora.

Hecha de sombras y de luz de aurora,
conjunción de placer y de tristeza
que con todo su mal es bienhechora.

Signos

Para Lety

Se que eres esquivia y eres temerosa,
que tu alma no sabe ni el abecedario
con que yo te escribo, que eres muy hermosa
y que eres un sagrario.

Tus ojos me dicen que no saben nada,
que son inocentes jugando en la luz;
pero yo sorprendo que hay en tu mirada
mi último calvario y mi primera cruz.

Vas como las dulces ilusiones mías
tan plácidamente sin saber por qué,
viviendo la vida de la vaguedad.

Pero se que un día de tus suaves días
sabrás lo que ahora te profeticé
abriendo tus ojos a la realidad.

Marco A. Ponce

Un secreto

No me inculpes el mal que te enajena
ni la eterna ansiedad que tanto halaga
los sensuales ardores de mi pena,
si el sibaritismo de mi amor te embriaga.

Es que en tu flor de seno brota un guiño
que a tu lúbrica imagen me sujeta,
y prende mi emoción en tu corpiño
las rosas rojas de mi pasión secreta.

Cada línea en tu cuerpo es un indicio
de algo más bello que se oculta quieto
entre el pliegue feliz de un artificio;

pero en mi afán frenético interpreto
con arrebató oculto de novicio
que temblando en tus faldas va un secreto.

INDICE

	Página
Presentación	7
Sobre una tumba	9
Era la fiesta de Tonatiuh	13
El Espectro	25
Torres inalámbricas	31
Sembrador y poeta	35
Canto al Merendón	39
Auras Marinas	45
A Luz Argentina Ramírez	51
Carta a un hijo	55
Esquela fúnebre	57
Noche Buena	61
De primavera	65
Zíngara bohemia	67
Lux	73
Responso lírico a Ramón Padilla Coello	79
Nocturno de noviembre	83
Nocturno de diciembre	91
Sinfonía	101
Trova galante	103
Elogio lírico del basket-ball	111
Esponsal	117
Hilos	121
Yo he amado la vida	125
Tu eres aquella	126
Signos	127
Festival	131
Pobrecita la loca	133
Elva	137

